

leer en el viaje, encuentran imitaciones de Sade ó impresiones de una estancia en Lesbos de que extraen los Hachette muy excelente prima. ¿Cree M. Blount que una censura comprendida de este modo honra mucho á los industriales que la ejercen y á los directores que la aprueban con menosprecio de todas las leyes?

Seríame imposible, por respeto á mis lectores, analizar minuciosamente las novelas que de este modo se ponen á la disposicion de todos: la *Première maitresse* de Catulo Mendès por ejemplo. El antiguo director del *Voltaire*, M. Hepp, no es á buen seguro sospechoso de pudibundo, ya que él mismo es el autor de una novela: el *Epuisé*, que hizo sonrojar al *Matin*; sin embargo, se negó rotundamente á continuar la publicacion de la *Première maitresse* en el folletín.

Este libro es una *Justine*, una *Justine* vestida con traje de oro y seda por un literato contrariado siempre en la eleccion de sus títulos, una *Justine* adornada como una Herodiades y danzando la danza obscena en un ritmo lento á fin de no chocar con las pedrerías que la cubren y romper la armonía de las líneas.

Trátase de una pareja dominada por ideas de indecibles refinamientos en el libertinaje.

Precisamente, nos dice el autor, porque su hambre de placeres no se elevara hasta los ensueños enormes de los grandes libertinos, porque estaban estacionados, ella y él, por horrosos que fueran, en la vulgaridad de lo posible, era inevitable que les asaltara el deseo de realizar aquellos abyectos ensueños realizables. ¡Y les asaltó!

Detengámonos aquí. A consecuencia de un incesto, la heroína estrangula á su hermana que ha llegado á ser la querida de su amante....

En cuanto al *Epuisé*, luego que á su vez se publicó en

tomo, encontró abiertas todas las bibliotecas de las estaciones y los colegiales pudieron recrearse á su antojo con un cuadro de una primera noche de bodas que en su época arrancó gritos de «¡Oh!» y de «¡Sapristi!» de los flamencos más blindados.

Estas son las graciosas imaginaciones que notabilísimos personajes del siglo XIX, personas individualmente, muy honradas, ponen á disposicion de todos; estas son las producciones que les valen su prima de comision. Acerca de esto no pueden alegar la irresponsabilidad porque pretenden tener el derecho de escoger lo que venden y afirman este derecho negándose á vender mi libro.

Hé aquí las obras que M. Blount, católico demostrativo y metido en todas las empresas de caridad, deja exponer en las estaciones que dependen de él (1). Ya no me maravilla ahora que Fourret me haya dicho todas las veces que le he encontrado que la Sociedad estaba muy enferma....

Las leyes no existen para los afiliados al sistema de los monopolios; una vez más digo que es una organizacion cuyos miembros todos se sostienen como en la organizacion feudal. Los monopolizadores se entregan entre sí salvoconductos, cartas de pase, como los señores de antaño.

Llegáis para subir á un vagon, y gesticulais levemente, porque no teneis más alternativa que colocaros entre una

(1) Conviene decir en elogio de nuestros vecinos que en Alemania, los directores de Compañías de ferro-carril se respetan más á sí mismos y cuidan más de la moralidad pública.

«De algunos dias acá, dice el *Matin* del 20 de agosto, la policia procede, por orden superior, á pesquisas en las estaciones de ferro-carriles en busca de folletos obscenos.

»Los administradores de ferro-carriles retiran la concesion á los librerros en cuyas casas encuentran libros obscenos, por reducido que sea el número de ejemplares.»

gruesa señora enorme bañada ya en sudor y un caballero que por causa de lo mucho que tose, reclama ya antes de partir el tren, que se cierren todas las ventanillas; están tomados todos los asientos y es preciso resignarse...

El maldito judío alemán, que está en el andén, ha visto la situación como vos mismo, pero no se precipita, como nosotros; va en busca del jefe de estación, saca con mucha sorna de su cartera un papelito... El jefe de estación lee y dobla el espinazo... ¿Qué es pues aquel papelito? La *carta de recomendación*; concebida así:

*El señor jefe de estación se servirá tener para D. X... todas las consideraciones compatibles con la regularidad del servicio:*

Firmado: «EL DIRECTOR.»

Atenéos ahora al judío, y sabrá sacar del papelito todo cuanto de él pueda exprimirse: en caso necesario, si el trayecto es largo y quiere viajar cómodamente, deja comprender que él es el fruto de una falta y que, si quisiera, pudiera quizás dar el dulce nombre de padre á Blount, Noblemaire ó Mention.

Como es natural, se agrega un vagón, con la plancha reservado, y el conductor del tren, que ve la deferencia con que se rodea al viajero, se le presenta en cada estación á preguntarle si necesita apearse...

Usurpación, monopolio, tiranía, competencia desleal, derroche en cierto modo obligatorio de mercancías de calidad ínfima, en su consecuencia, descrédito universal del comercio francés,—este es el balance de los grandes almacenes.

Por desgracia, esta cuestión una de las más peliagudas

para el París actual, es de difícil resolución en las presentes condiciones.

Hasta ahora, las reuniones celebradas á este objeto no han dado ningún resultado. En febrero último tuvo lugar una discusión bastante profunda en el salón Rivoli-Saint-Antoine, y patronos de talento como los Señores Hilaire, Cornu, Hugonnet tomaron la defensa del pequeño comercio.

Uno de los oradores adujo algunas cifras interesantes en apoyo de sus quejas.

Hay en París, dijo, 20 casas que realizan por mil millones de negocios al año. Ocupan 10,000 empleados. Pues bien, en lugar de estas 20 casas, pudiera haber 20,000 que hicieran cada una de ellas 50,000 francos al año (ó sea un beneficio de 12 á 15,000 francos al año). Contando cada familia, por término medio, 6 personas formarían un total de 120,000 personas; empleando cada casa por término medio 4 personas, sumarían un total de 160,000 empleados; ó sea un total de 280,000 personas que mueren de hambre en provecho de 20 casas. Pues bien, es necesario que todos esos hambrientos vayan al Palacio Borbon á reclamar la revisión de las leyes (1).

(1) El 15 de junio último, M. Duplan, consejero del barrio del Mail, entregaba al Consejo general del Sena un proyecto de solicitud cuyas conclusiones son:

El Consejo general considerando:

Que el deber del Estado es repartir equitativamente y proporcionalmente los cargos públicos;

Que la legislación que rige el impuesto de las patentes está en flagrante contradicción con esta obligación, á consecuencia de las transformaciones comerciales, industriales y rentísticas producidas desde las últimas reformas de la ley del 15 de julio de 1880;

Que, contra de lo que quisieron los legisladores, resulta hoy que ciertas clases elevadas de contribuyentes, y especialmente los grandes almacenes de novedades, se encuentran favorecidos á expensas de los pequeños comerciantes;

Emite el deseo de que esta ley sea modificada en el más breve plazo posible y en un sentido más equitativo y más en armonía con los principios democráticos del gobierno republicano.

Excepto el *Parti national*, que es un periódico bastante independiente para ciertas cuestiones, no veo que la prensa se haya ocupado en esta proposición.

Julio Guesde, que habló después, terminó con estas palabras poco consoladoras:

Digo que no obtendréis nada de la clase media que considera vuestra desaparición como un hecho adquirido é indispensable: nada podrá salvar vuestro pequeño comercio. No obstante, nosotros os apoyaremos en la campaña que vais á emprender, esperando que, muy pronto desilusionados, volveréis al batallón de los expropiados en el ejército de los proletarios.

Los comerciantes con quienes he tenido el gusto de hablar censuran amargamente á la prensa por el silencio obstinado que guarda sobre este particular; no tienen razón en esto, pues no comprenden que todo se sostiene en el régimen judío y capitalista completamente triunfante.

Cierto que este régimen no es una Sociedad regular; no se preocupa como la admirable Sociedad de la Edad Media, por asegurar los derechos y los intereses de cada uno; pero ha debido lógicamente, á medida que se fundaba, velar por preservarse á sí misma, evitar que los oprimidos puedan defenderse—y á esto corresponde la organización de la prensa de que he hablado distintas veces en este capítulo de los monopolios.

Tomemos un ejemplo, si os parece: en otras épocas, después del extraordinario éxito de la *France juive*, habríanse encontrado á buen seguro siete ú ocho cristianos ricos de 2, ó 300.000 libras de renta para decirme: «Hermano, deseais combatir por una causa que amamos; ponemos cada uno de nosotros 50.000 francos para fundar el periódico absolutamente independiente que ideais. Si os sale bien, nos devolveréis nuestro dinero, y sino, por esto no seremos más pobres.»

Ni un cristiano rico tendría hoy semejante idea y preferiría cien veces arriesgar sus 50.000 francos en una estafa

judía cualquiera, un empréstito de Honduras, ó una mina de Bingham, que confiarlos á su hermano, que quizás llegaría á fundar una publicación de buen éxito como el *Figaro*, el *Petit Journal* ó la *Revue des Deux-Mondes*.

Suponed, ahora, que fundo un periódico en condiciones ordinarias, sin capital, costando trabajo al principio proveer á sus necesidades. Tengo colaboradores, amigos que naturalmente viven de su trabajo. El administrador viene á verme á fin de mes.

—No va mal. Casi cubrimos gastos; excelente cosa para un comienzo. Por desgracia el fin de mes será difícil. Habéis demostrado que dos rentistas judíos eran unos ladrones y ofrecido suministrar la prueba de lo que decís, según á ello os autoriza la ley; pero el tribunal se ha apresurado á rehusar vuestra prueba y condenaros á daños y perjuicios formidables. La redacción cuesta caro. La esposa de nuestro agudo cronista X..... acaba de dar á luz y nuestro amigo ha pedido al cajero que se asocie á su alegría ayudándole á pagar á la comadrona y á subvencionar al ama. En cuanto á Z..... sabéis con que admirable abnegación sostiene una familia innumerable; tiene en su casa á su anciano padre, á su madre, á su suegra, siete hijos y dos sobrinos; todas estas personas dependen de su original que nos sirve, y evidentemente él también se ve forzado á pedir de cuando en cuando un anticipo.

—¿Entonces os veis apurado?

—De ningún modo. Los grandes almacenes preparan su estación de verano..... Parece que hay negocios de medias excepcionales y un saldo de telas color del sol con condiciones increíbles. Nos dan cada uno tres veces la página entera al precio máximo y los reclamamos de segunda página. Esto es una fortuna de unos veinte mil francos.

—¡Bravo! Nada más legítimo que el anuncio. Además,

los que no quieren medias de estas son libres de tomarlas ó no. No asumo ninguna responsabilidad anunciando que se venden medias.....

—Sin duda, pero.....

—¿Pero?.....

—Pero los directores esperan que una vez establecidas relaciones cordiales entre el periódico y ellos, relaciones que no pueden dejar de mejorarse todavía, renunciaréis á atacar los grandes almacenes.

¿Qué haría en semejante caso el pequeño comerciante que junto al portal de su tienda desierta, se aflige al ver como la muchedumbre acude hácia los grandes almacenes y se queja de que nadie le defiende? Haría lo que el director de un periódico, pensaría en todos sus camaradas viejos y jóvenes que viven del periódico, él y los suyos, y cedería...

Puede asegurarse en los actuales momentos, que, el mejor medio para hablar libremente, es no tener órgano.....

No es esto una compra de la conciencia propiamente dicha, es el funcionamiento de un régimen. El feudal, el señor soberano dice á los vecinos de su castillo: «Si quereis estar en paz conmigo, no os pido gran cosa, no os metais en lo que hago.»

Lo mismo sucede con las mensualidades rentísticas que, en esta época de crisis, son el único recurso de muchos periódicos relativamente honrados.

El periódico judío, maravillosamente informado siempre, ataca, hace una campaña, como se dice, multiplica sus: «¿Es verdad? Mañana daremos pormenores.» Y la Sociedad rentística capitula. Fuera, empero de esta prensa, muchos periódicos reciben de establecimientos rentísticos, como el Crédito hipotecario, mensualidades regulares que certifican sencillamente las buenas relaciones del periódico y del es-

tablecimiento, que constituyen una especie de estado de paz reciproca.

Para ciertos periódicos es enorme la cifra de estos abonos: para el Panamá llega, por ejemplo, de 4 á 500,000 francos por una sola hoja. Creo que M. de Lesseps obrará como Luis XIV, cuando le entregaron las cuentas de Versalles, y quemará las cuentas de su publicidad; sino lo hace, serán ciertamente estas cuentas para la historia social uno de los documentos más interesantes de lo porvenir (1).

Al lado de cantidades fabulosas se encuentran las mensualidades más mínimas.

Uno de mis amigos, encargado del servicio de la publicidad en una grande administracion rentística, me refería su conversacion con Alfonso Millaud, el que tuvo en otro tiempo algunas cuestiones con la Justicia con motivo del *Petit Journal*.

Alfonso Millaud se presenta para cobrar: mi amigo hojea su registro y pregunta el nombre.

—Es inútil, dice Millaud, buscad: *Semanas religiosas sindicadas*.

Millaud decia á una *Semana religiosa* cualquiera: «No teneis boletin rentístico, es un vacío, encargadme el llenarlo, os pagaré una pequeña cantidad, cincuenta francos al mes, si os parece.» Aceptaban. Millaud iba á encontrar las com-

(1) Dícese que Philippart pagó en otro tiempo cien mil francos por la insercion en los *Debats* de una carta de un centenar de líneas.

Nosotros hemos visto para la lotería de las Artes decorativas, una lotería de 14 millones de los que se habian colocado 12 millones de billetes, producir por resultado definitivo el total de cinco millones ochocientos mil francos, sin que se haya dado jamás ninguna justificacion del empleo de los demás millones.

En el negocio Erlanger, uno de los Hermanos Berthier confesó al juez de instruccion haber entregado seis millones á la prensa para impedirle hablar.

pañías rentísticas y les decía: «Yo represento á las *Semanas religiosas* cuyos nombres están aquí: es una excelente publicidad por que los curas son cándidos. Dadme tanto al mes por el total y no solamente no os atacarán nunca, sino que pondré alguna frase favorable para vosotros de vez en cuando, explicando que confiaros dinero, es darle una colocacion tranquila.»

Cierto que esto no es nada, pero, ¿no hay aquí una manifestacion curiosa de esa asombrosa raza?

No entro en más extensos pormenores; héme esforzado sencillamente por hacer comprender como este régimen mortífero que causa tantas víctimas, que siembra tantos desastres, que suscita tantos odios, se prohíbe por su mismo principio que es la corrupcion, por la eleccion ofrecida á las personas entre el sacrificio del pan cotidiano y el silencio.

Fuera de esto, seria injusto, al mostrar el lado funesto del sistema, no reconocer que el afan espontáneo de un ser nacido con un fondo bueno viene á veces á restablecer un poco el equilibrio.

Los periódicos socialistas no han estado tiernos que digamos para la señora Boucicaut, y yo no puedo asociarme á sus duras palabras.

Lo que aquí me llama la atencion es la anarquía profunda de esta Sociedad en la que ya no funciona ninguna organizacion seria, en la que no aparece ninguna autoridad social. Nada afianza la casa de órden secundario que el grueso capital echa por los suelos. Como un rio desviado de su curso, el dinero, que habria retribuido equitativamente la actividad de innumerables pequeños amos, viene á verterse en un punto único; llega á las manos de una personalidad totalmente inferior y esta mujer sin letras es quien se encuentra investida de la temible funcion de repartir la riqueza.

El testamento de una generosidad tan magnífica como la de la Señora Boucicaut parece una leyenda de los tiempos bárbaros trasladada al París de la calle del Bac. Diríase ser el fin de la historia de una pastora que se hubiese casado con un jefe cualquiera gran asolador de las tierras ajenas y gran exterminador de débiles.

La Señora Boucicaut no era pastora, sino lavandera, cuando se casó con Boucicaut á quien traía su ropa cada semana, y, toda su vida, estuvo confusa y como azorada de la prodigiosa fortuna que se le vino á las manos sin descartarlo. Las *Premières*, que formaban el serrallo del marido, se divertían dando algunos bromazos á la vieja señora; no ignoraban que apenas sabia leer y le presentaban el periódico al revés, pero, en el fondo, cada uno la amaba porque élla era buena y la bondad hizo casi grande á aquel espíritu sencillo. Cuando comprendió que estaba á punto de emprender el gran viaje, mandó llamar hombres de negocios para contar todos aquellos millones que ella misma no habria podido contar, y lo dió todo, muy sensata, muy prácticamente, sin mirar á la ostentacion como los Rothschild, que hacen pregonar por las cien trompetas de la fama tocadas por los periodistas cuando envian el menor óbolo.

Cierto que faltó poco para que la prensa judía no consiguiera ridiculizar á esa mujer honrada y modesta. El miserable Meyer, á quien el más elemental pudor debiera obligar á no ostentarse, se atrevió á hablar en nombre de la Prensa y pedir una estatua.

Dos personas solas tuvieron el triste valor de formar coro público con el director del *Gaulois*.

Mesières, de la Academia francesa, sino lo tomáis á mal, á quien se hubiera creído incapaz de comprometerse con Meyer, fué el primero que contestó al llamamiento.

Después de él acudió Simon llamado Lockroy, y esto no

asombró tanto. Simon-Meyer, Meyer-Lockroy, es el mismo tipo; es el mismo camelote judío siempre presuroso por desenfardar así que se presenta un vacío donde pueda meter un tablado; el uno funciona en el Conservatismo, el otro en la Revolución: tal para cual.

La prensa que, regularmente obedece las indicaciones y las miradas luego que el *Gaulois* propone lanzar alguna empresa de bombo, tuvo, esta vez, bastante tacto para enviar á paseo á los Meyer y á los Simon.

¿Ymagnais algo más ridículo que una estatua á la Señora Boucicaut, un monumento de fausto y aparato á esa mujer cuyo gran mérito fué ser humilde y comprender vagamente asimismo, con su corazón de obrera, de habitante del barrio, lo excesivo de esa fortuna levantada sobre la ruina de tantos pequeños comerciantes de la vecindad...?



## LIBRO CUARTO.

### La idea socialista al través del siglo XIX.

Desde el Pradial, los Jacobinos posesionados responden á cañonazos á las reivindicaciones populares.—Carácter elevado del movimiento socialista naciente.—Sueño de una sociedad mejor, pero falta completa de odio y envidia.—Inteligencia de la misión superior de la Iglesia.—Profundo respeto de la mujer.—Los libros de Chev .—Constantino Pecqueur, el padre del colectivismo.—Una generaci3n desaparecida.—El clero de entonces demasiado desinteresado del movimiento social.—La literatura de Troplong.—Como concibe el 3rden la Clase media.—La Internacional y su programa.—Benito Malon.—Papel muy secundario de Karl Marx en la Internacional.—Su envidia contra Proudhon y el socialismo franc3s.—La Commune.—Feroicidad de la Clase media revolucionaria.—Humanidad del proletariado.—Los jefes obreros de la Commune.—La República actual no es más que una Commune sin prohibici3n.—Treilhard y Peyron.—Lo que cuesta una República de clase media.—Vartin y los Rothschild.—Las incapacidades de la Commune.—El espíritu del Pueblo enteramente modificado ahora.—El odio dejado en los corazones por la represi3n de la Commune.—En que fué inmoral esta represi3n.—Triste inercia y absoluta inteligencia de los conservadores de la Asamblea.—Un *mea culpa* de Saint-Genest.—Inutilidad de toda la sangre derramada.

No intento analizar extensamente los diversos sistemas socialistas y mostrar su lado fuerte y débil. Quiero indicar solamente, á grandes rasgos, las fases por las cuales han pasado diferentes generaciones enfermas del mal social y en busca de curaci3n.

Creo haber probado con bastante claridad, en el capítulo precedente, cuán dura fué la Revoluci3n para el Pueblo. Cuando la Clase media tuvo los bolsillos llenos y el Pueblo quiso tener su turno, el ca n fué quien contest3. Desde el